

INTRODUCCIÓN

En los dos primeros tercios de este libro, que constituyen la Primera parte, se describe la experiencia después de la muerte de personas que se han suicidado. Se basa en comunicaciones recibidas a través de los médiums o la canalización, comunicaciones que se supone que proceden de espíritus humanos que han sobrevivido a la muerte de sus cuerpos y existen ahora en lo que muchos llaman la vida ultraterrena. La mayoría de estos mensajes provienen de aquellos que se han quitado la vida y que ahora pueden compartir su experiencia, incluidas las repercusiones de sus suicidios. Esta extensa parte del libro comienza con una perspectiva general de lo que piensan las comunidades formadas por académicos, médicos y profesionales relacionados con la salud mental acerca del suicidio tradicional. La Primera parte termina con una perspectiva general de las comunidades científicas y académicas sobre el suicidio asistido y la eutanasia.

La Segunda parte, que constituye el tercio final del libro, se centra en el tema del asesinato-suicidio, es decir, cuando alguien mata intencionadamente a otro o a otros en el proceso de matarse a sí mismo. De nuevo, presentaremos primero una perspectiva general sobre este tema con las opiniones de los que están en *este* mundo: científicos, médicos, intelectuales y periodistas, antes de pasar a escuchar la perspectiva de supuestos espíritus en la vida del más allá, incluidos aquellos que afirman haber llevado a cabo dichos suicidios-asesinatos.

Vamos a centrarnos brevemente en la segunda de estas dos partes, puesto que este tema domina en gran medida nuestra conciencia colectiva actual, y quizá también hasta nuestro inconsciente colectivo. En los últimos años, los medios de comunicación han estado plagados de noticias despiadadas e imágenes violentas de un mundo cada vez más inestable donde los terroristas suicidas

aparecen en primera plana, y el término «terrorista suicida» ha pasado a formar parte del vocabulario de todo el mundo. Decididamente, en nuestra vida actual hay un ambiente de preocupación después del 11 de septiembre de 2001. Desde que vimos en directo por televisión cómo se desintegraban las torres del World Trade Center de Nueva York, hemos tomado una conciencia profunda de que nuestras vidas ya no volverán jamás a ser las mismas. Los medios de comunicación nos hacen enfrentarnos al tema central del terrorismo, mostrándonos una incesante sucesión de actos terroristas suicidas perpetrados por palestinos, iraquíes, otros árabes, chechenos y extremistas islámicos. Muchos terroristas suicidas no son musulmanes, como los Tigres de Tailandia de Sri Lanka. Escuchamos historias acerca del reclutamiento de hombres y mujeres árabes del Oriente Medio para estas misiones suicidas. Les dicen, y ellos se dicen a sí mismos, que si eligen esta ruta de heroica *yihad* o guerra santa justa, ayudarán a sus compatriotas oprimidos. Pero aún más: como resultado de su asesinato-suicidio, no sólo serán considerados mártires bienamados a los ojos de Alá, sino que a los hombres, y hasta a los chicos y a las mujeres se les obsequiará con nada menos que setenta vírgenes (también traducido a veces como apariciones o espíritus) con quienes disfrutar la vida después de la muerte.

En su afán por cumplir con esta promesa de complacer a Dios y recibir una gran recompensa, durante estos últimos años cientos de terroristas suicidas han actuado con diligencia, llevándose con ellos de este mundo a miles de víctimas en espantosos y repentinos desgarramientos de la realidad local que convierten en una carnicería lo que había sido una valiosa vida humana. Al mismo tiempo, en la fe musulmana, las enseñanzas del Islam, tanto las presentes como las establecidas por una larga tradición, están de acuerdo en que tanto el suicidio como el asesinato se condenan de la forma más enérgica en el Corán y en otros escritos fundamentales basados en las enseñanzas del profeta Mahoma y sus seguidores.

Pero incluso mientras estamos tratando de entender los motivos por los que estos grupos escindidos de fanáticos han hecho recientemente esta drástica revisión de la larga tradición islámica, la realidad es que apenas pasa un día sin que alguien más se haga volar en pedazos para destruir las vidas de otros. Y se podría argumentar que esto no ocurriría, o al menos no en tal cantidad, si el asesino suicida no abrazara la promesa de recompensas divinas después de la

muerte para tal atrocidad de una forma tan ciega, tan terrible. Por ello, nos sentimos impulsados a examinar el tema actual de los terroristas suicidas, tratando de situarlo dentro de la posibilidad de una vida después de la muerte, desde donde se envían informes de la experiencia de sus acciones y de las repercusiones que de ellas se derivan.

El objetivo de este libro

Este libro tiene su origen en 120 años de materiales publicados que se basan principalmente en mensajes transmitidos por médiums (canalizados) y en información que supuestamente procede de espíritus humanos que han sobrevivido a la muerte física y que siguen existiendo en un nivel de realidad no físico. Este nivel de realidad se denomina de formas diversas en la literatura sobre la supervivencia del alma: la vida ultraterrena, el más allá, el plano astral o simplemente «lo astral», *bardo*, *devachan*, cielo, paraíso, purgatorio o infierno, dependiendo de la vida que hayan vivido en la tierra hasta la muerte. Según se dice, esta información procede de muchas fuentes diferentes que incluyen: (1) humanos y a veces espíritus no humanos, incorpóreos (no físicos); (2) entrevistas con varios investigadores de la supervivencia, personas con poderes psíquicos, médiums y canalizadores, así como las sesiones de espiritismo (para usar un término que se viene usando desde el siglo XIX) que nosotros, los autores, hemos realizado con el propósito de escribir este libro; y (3) otras fuentes no procedentes de los médiums ni de la canalización, incluidas las experiencias fuera del cuerpo, las experiencias cercanas a la muerte, los informes sobre vidas pasadas y reencarnación, las percepciones extrasensoriales (como la clarividencia y la visión remota) y, en menor grado, los sueños (los cuales también pueden ser lúcidos) y las experiencias obtenidas a través de estados alterados de la conciencia.

Creemos que el nuestro es uno de los intentos más concienzudos que se han hecho nunca para describir la perspectiva de la vida del más allá. Además de proporcionar un amplio consenso que se encontrará a partir de la visión de múltiples fuentes con respecto a lo que ocurre cuando morimos, la contribución principal de nuestro libro es el hecho de que se centra de manera excepcional en los puntos de vista de los que afirman haberse suicidado y de otras fuentes no

suicidas del «otro lado» que comparten las experiencias y las perspectivas relacionadas con el suicidio y la clase de aprendizaje y de repercusiones que se derivan de haber terminado con la propia vida.

Este libro se ha escrito para examinar las siguientes cuestiones, todas ellas interrelacionadas: ¿Qué ocurre, si es que ocurre algo, al morir y después de nuestra muerte? ¿Hay algún tipo de vida después de la muerte? Y si la hay, ¿cómo es? ¿Hay alguna relación entre la vida que uno ha vivido antes de la muerte y la vida después de la muerte? Si la hay, ¿cuál es esa relación? En particular, lo que constituye el centro de este libro es la siguiente cuestión: ¿Qué les ocurre después de la muerte a las personas que se han quitado la vida? Y, en especial, ¿qué les ocurre después de la muerte a aquellos que han cometido asesinatos intencionadamente como parte de su suicidio? Más en concreto, ¿se han encontrado bien recibidos y amados en el paraíso por la matanza que han llevado a cabo, tal como les habían prometido, los terroristas suicidas de Oriente Medio? Queremos considerar estas cuestiones desde la perspectiva de los que se identifican como recién llegados o habitantes de la vida del más allá.

Hay dos caminos fundamentales mediante los cuales se puede tratar de responder a preguntas que vienen de una larga tradición, pero que aún están sin responder en su mayoría, sobre la vida después de la muerte. Primero, podemos examinar lo que nuestros congéneres, los humanos, opinan sobre estos asuntos desde su limitada perspectiva terrenal. Podemos estudiar las investigaciones y teorías de los investigadores de los poderes psíquicos, los parapsicólogos y otros investigadores de la supervivencia del alma, así como las teorías de los escépticos y otros científicos formados tradicionalmente y que tienden a dudar de la hipótesis de la supervivencia: que sobrevivimos a la muerte. Podemos sopesar sus opiniones, conjeturas y argumentos, mirar los datos que tienen, escuchar sus historias y leer sus escritos. Y podemos estudiar los datos de las encuestas sobre qué porcentaje de estadounidenses cree que se sobrevive a la muerte corporal. Pero, a fin de cuentas, hay que considerar que éste es un camino lleno de interrogantes y basado en opiniones personales, con una reconocida ausencia de experiencias de primera mano y de pruebas sobre cuál es la situación, si es que hay alguna, para nosotros, los seres humanos, después de nuestra muerte física. Aparentemente, cada uno de nosotros va a pasar solo

por la muerte a través de esa válvula que parece de una sola dirección, esa entrada a un vacío final o a una vida en el más allá. Hasta que no pasemos por esa entrada, ninguno de nosotros sabrá *con seguridad* qué ocurre en la muerte y después de ella.

Podemos también escuchar las experiencias de un pequeño grupo de nuestros congéneres vivos que afirman tener varios tipos privilegiados de percepción intuitiva, información y experiencia con respecto a la naturaleza de lo que ocurre después de nuestra muerte física, incluida la aseveración de que ciertamente sobrevivimos y continuamos existiendo de un modo significativo y consciente que conserva al menos algo de nuestra identidad y memoria anterior. Como hemos mencionado, estos conocimientos pueden proceder de visiones momentáneas percibidas en estados de conciencia alterados, de experiencias cercanas a la muerte, experiencias fuera del cuerpo y de la información obtenida por medio de una variedad de poderes psíquicos. Pero en especial, y eso es lo fundamental de este libro, hay comunicación, aparentemente recibida a través de médiums y canalizadores, procedente de espíritus humanos asentados en la vida del más allá, espíritus de los que se dice que han sobrevivido a sus muertes físicas.

El propósito de este libro es seguir el segundo de estos dos caminos. En los últimos 120 años se ha escrito una biblioteca entera de libros que, según se afirma, proporcionan pruebas de que cuando morimos sobrevivimos de forma significativa a las muertes de nuestros cuerpos físicos y continuamos teniendo experiencias y creciendo en algún tipo de reino transfísico o espiritual. La mayor parte del material que hay en esos cientos de publicaciones se basa en distintas clases de percepciones psíquicas o espirituales y en la comunicación, en particular, la obtenida por medio del proceso llamado tradicionalmente «mediumnidad», aunque en la actualidad también se conoce como «canalización». Nuestro libro intenta nutrirse de esta rica tradición de colecciones de comunicaciones que, según se dice, proceden de los espíritus que sobreviven en el reino de la vida ultraterrena y contribuir de este modo a ella. Al hacerlo, esperamos ofrecer aún más ideas que hagan reflexionar acerca de la muerte y el futuro para aquellos que están vivos. En concreto, esperamos proporcionar la mejor colección de comunicaciones con espíritus que aborda el tema del suicidio y sus repercusiones después de la muerte.

Sin embargo, el problema de esta información privilegiada es su autenticidad. ¿Hasta qué punto es creíble? ¿Cómo sabemos que nos están diciendo la verdad? ¿Cuáles son las bases empíricas y epistemológicas de lo que estos proveedores y mediadores de comunicación de percepciones privilegiadas con sus supuestas fuentes incorpóreas afirman conocer? Aunque al principio muchos no estén listos para que estas percepciones del más allá extraídas a partir de esta segunda vía les convenzan, esperamos que al menos se mantengan con la mente abierta mientras leen.

Hemos mencionado que una razón apremiante para escribir el libro en este momento es el continuo clima de terrorismo global que vivimos, salpicado a diario de titulares acerca de los terroristas suicidas de Oriente Medio y sus víctimas. En el núcleo de las historias que han oído y creen los componentes del actual desfile tortuoso de mártires anónimos que se preparan para su muerte inminente y el consiguiente momento de fama asesina, acaparadora de primeras planas, hay argumentos religiosos extremistas, así como seculares y políticos, acerca del asesinato-suicidio y las prometedoras repercusiones de tales actos en la vida del más allá, cuando esos actos se pintan como necesarios, justificados y heroicos.

Sabemos que sería demasiado esperar que las historias de nuestro libro, que se centra en la repercusiones que tienen en el más allá nuestros actos terrenales y el suicidio en particular, pudieran disuadir, de algún modo, a los posibles suicidas y futuros terroristas suicidas de llevar a cabo sus actos. Aun así, esperamos ejercer una influencia positiva, por pequeña que sea.

Sin embargo, este libro tiene también un objetivo más amplio, pues se dirige a *todos* nosotros, no sólo a un pequeño subgrupo propenso a la violencia. Este objetivo está relacionado con el *karma*, la idea milenaria de que lo que hacemos en la vida terrenal vuelve a nosotros; de que «uno recibe lo que da», de que «se recoge lo que uno siembra». Este pensamiento dice que nuestras elecciones y nuestros actos tienen repercusiones para otros y, en particular, para nosotros mismos, y que si no experimentamos y aprendemos de nuestros actos y sus consecuencias mientras estamos aún en esta vida, los experimentaremos en la vida o vidas más allá de la actual.

Más específicamente, para usar la definición del diccionario Webster, el karma es:

La fuerza generada por la acciones de una persona, lo que en el hinduismo y el budismo se considera que es la fuerza motriz para el ciclo de reencarnaciones y muertes que tiene que padecer esa persona hasta que alcanza la liberación espiritual y se libera a sí misma de los efectos de tal fuerza... (Es) la suma total de las consecuencias éticas de las buenas y malas acciones de una persona, que comprende los pensamientos, palabras y obras que se consideran... para determinar un destino específico en su próxima existencia.¹

Tanto si creemos literalmente en la verdad del karma como si elegimos tomarlo sólo de manera figurativa como una especie de parábola, puede servir de ayuda para examinar nuestras propias vidas y las de los demás. Si falta algún tipo de contexto más amplio dentro del cual podamos entender lo que está sucediendo hoy en día en la Tierra, así como comprender y enfrentarnos a lo que está ocurriendo, muchas de las cosas más problemáticas que estamos experimentando, tanto directa como indirectamente, podrán parecernos profundamente injustas, sin sentido o sin propósito. Por consiguiente, el objetivo de este libro es proporcionar ese contexto más amplio o trascendental, incluso aunque en última instancia no podamos probar que es ésa la verdadera imagen de las cosas.

Parece que hay un clima existencial con un creciente número de personas que nos cuestionamos cuál es el propósito y el significado de nuestras vidas, de la vida en la Tierra, dado nuestro mundo actual sumamente turbulento y lleno de problemas. La situación se está quedando fuera de control; los métodos tradicionales ya no funcionan. Hay un clima ascendente de distanciamiento, temor, violencia y terrorismo, un aumento creciente de la depresión y la desesperación. En Occidente, cada vez se extiende más el uso de tranquilizantes, además de otras drogas y alcohol, para anestesiarlos o desconectarlos de los sentimientos perturbados y perturbadores a los que tenemos que enfrentarnos en nuestras vidas y en el mundo que compartimos. Tenemos el reto de entender este mundo y los muchos actos inquietantes que en él se producen. Se trata de entender, aunque en la mayoría de nosotros se da por descontado esta continua actividad de crear un significado y no se realiza de forma muy consciente ni se emplea mucho tiempo en ello. Sin embargo, nos enfrentamos a acontecimientos que a muchos de nosotros nos parecen profundamente injustos y desleales y que piden a gritos desagravios y compensaciones, por no decir una total retribución y venganza. En tales momentos, es natural que la imaginación convierta en justo

lo que no lo es, para contemplar lo que sería «darles su merecido» en esos casos. Sin embargo, parece que nuestro trabajo como humanos no consiste en hacer que eso suceda en la vida real. Sólo representamos en la imaginación lo que sería la llamada a la justicia y la sensación que ésta produciría.

Decir que la vida no siempre es fácil es quedarse corto. Puede ser tremendamente difícil, estresante, dolorosa y deprimente. Pero a pesar del duro destino que forma parte de todas nuestras existencias, la mayoría de nosotros lo aguantamos a lo largo de la vida, esforzándonos por lograr todas las experiencias positivas, todo el significado y la satisfacción que podamos conseguir, incluso en medio de lo mucho que la vida puede hacer sufrir. Entonces, cuando nos enteramos en concreto de que alguien cercano a nosotros se ha quitado la vida, es lógico preguntarnos: ¿ha sido realmente para él o para ella la esperanza de un rápido alivio de toda la existencia ya para siempre? ¿ha sido la anhelada, repentina y completa extinción para la eternidad de toda oportunidad de entender lo que es la vida, para qué sirve, su propósito y significado, incluidas sus frustraciones, deseos insatisfechos, fracasos, dolor y sufrimiento? ¿Es el suicidio verdaderamente la huida rápida, la salida fácil que parece ser para los que piensan en él? Aunque hay que reconocer que se sale de lo corriente, de acuerdo a las miles de fuentes supuestamente del otro mundo que llenan nuestro libro, la respuesta es un *no* rotundo, coral y generalizado. Parece que el universo puede ser más sabio, más generoso e incluso más bondadoso que todo eso.

¿Cuántas oportunidades tenemos para entender la historia más profunda, más completa, más verdadera? ¿Sólo una, sólo esta breve vida? ¿Podemos cortar prematuramente la cálida y palpitante línea de la vida de un ser humano, ya sea la nuestra o la de otro, y hacer que esa rica existencia caiga en la nada para siempre? No hay duda de que hay cientos de millones, quizá unos cuantos billones de personas en el mundo que ven las cosas exactamente de este modo: que sólo la nada sigue a la muerte al final de esta única vida. Pero también hay quien, ya sea siguiendo las enseñanzas religiosas de nuestra cultura o bien habiendo llegado a esa conclusión por sí mismos, eligen creer e incluso afirman *saber con seguridad*, más allá de limitarse a creer o tener fe, que cuando morimos, independientemente de cómo lo hagamos, hay algún tipo de existencia que continúa de algún modo personalmente significativo. Nosotros adoptamos una

historia más abierta sobre la existencia humana y su significado, que no incluye la idea de que la muerte natural, y menos aún el suicidio y el asesinato, tan poco naturales, puedan extinguir, borrar y aniquilar una vida de forma tan abrupta e irrevocable en la nada, en la ausencia de sentido.

Por tanto, según la perspectiva religiosa o espiritual con la que nos hayan educado y condicionado, o que hayamos elegido personalmente o desarrollado por nosotros mismos, somos muchos billones los que hoy estamos vivos y llevamos dentro esta historia abierta que nos dice que la muerte no es el fin. Hay una continuación de la historia ampliamente compartida, con sus miles de textos, tradiciones y variaciones históricas y culturales, con todas sus respectivas fuentes de información y de inspiración. Y dentro de esta historia general, hay aún más historias pequeñas sobre lo que puede suceder o *de hecho* sucede, o incluso *debería* suceder a los que se matan intencionadamente o, más en concreto, a aquellos que matan a otros en el proceso de matarse a sí mismos.

¿Cómo sabemos entonces quién está en posesión de la historia más verdadera? En el mundo posmoderno que vivimos puede que ya no haya una sola historia dominante, una historia más válida que otras, excepto la que funcione mejor para cada uno de nosotros. De todos modos, para ser totalmente sinceros, ¿no deberíamos dejar también abierta la posibilidad de que quizá la historia más verdadera de todas sea que ninguna de esas historias de esperanza, continuación, supervivencia, segundas oportunidades, justicia y más ocasiones para vivir, aprender y crecer, contenga en absoluto verdad alguna?, ¿que no sean más que eso: historias, ficciones reconfortantes para aguantar mientras estamos vivos? Si fuera así, nos enfrentaríamos entonces a lo que puede ser lo más natural que hay: el acero incontestable, inmaculado, sin mancha, de la última separación: el acontecimiento de la muerte que viene sobre nosotros y nos manda para siempre, y solos, a la nada. No es de extrañar que billones de personas elijan las historias de supervivencia del alma y la continuación de un tipo de inmortalidad personal ante ese escenario reduccionista, mortal y en última instancia anodino, por muy verdadero que pudiera resultar.